

DECEPCIÓN ANTE LA POBRE RECEPCIÓN DE LA REFORMA LITÚRGICA

Los signos litúrgicos cuaresmales

El 5 de marzo de este año 2003, la Iglesia de rito romano iniciará su camino cuaresmal, el ciclo litúrgico que tiene como una de sus principales finalidades ayudar a que los fieles (a través de los signos propios de la austeridad de estos días *contrapuestos* a los signos de alegría y unidos a Cristo en su muerte y resurrección propios de los días de Pascua) vivan y vivifiquen su *paso* o *pascua* realizado objetivamente en su bautismo, pero habitualmente poco vivido en la vida cotidiana. Esta participación en la *Pascua* del Señor, los fieles deben vivificarla principalmente por medio de *la celebración más intensa o frecuente de los sacramentos pascuales* (bautismo-confirmación o su renovación, eucaristía y reconciliación-penitencia y los signos de austeridad para celebrar, de una manera especialmente intensa, el misterio pascual, aquel mismo misterio que, de una manera más sencilla se celebra a lo largo de todos los días, semanas y durante todo el curso del año).

El tiempo de cuaresma en efecto está especialmente marcado por diversas prácticas, sea en las Catedrales, sea en las parroquias, sea en los monasterios y comunidades religiosas. Hoy muchas de estas prácticas, desgraciadamente también entre los que se profesan cristianos e incluso entre los consagrados, van desapareciendo o se debilitan o se conservan de modo harto secularizado, a veces sin verdadero contenido cristiano, como mero recuerdo folklórico o cultural de lo que fuera, en otros tiempos por lo menos exteriormente, una sociedad inmersa toda ella en las estructuras de la Iglesia y de su liturgia.

En este Editorial no nos lamentamos ciertamente de que la sociedad, por lo general alejada de la fe cristiana, haya dejado de poner públicamente signos cuaresmales. Para quien no confiesa su fe en Cristo, realizar los signos cuaresmales de la Iglesia no dejaría de ser incluso una práctica hipócrita. Nuestra lamentación va en otra línea: nos dolemos de que quienes confiesan a Cristo, los que fuimos sumergidos por el bautismo en su Cuerpo y permanecemos firmes en nuestra fe, vivamos *externamente* como los que nada esperan de Cristo ni de su Iglesia y en concreto dejemos de poner, en el contexto cuaresmal, los signos cristianos de la Cuaresma.

Que nuestra sociedad, que por lo común no vive interesada por la fe e incluso indiferente a todo valor trascendente, no ponga ningún signo cuaresmal en las semanas que preceden Pascua, es lógico y natural. En referencia a ellos el Vaticano II recordó muy oportunamente que “para que los hombres puedan participar en la liturgia (entiéndase en nuestro contexto para *poner auténticos signos cuaresmales*) es necesario que lleguen a la fe y a la conversión” (Cf. *Sacr. Conc.*, núm. 9).

Evidentemente los cristianos, porque tenemos como uno de los dos mayores mandamientos el de amar a nuestros hermanos, no nos podemos desentender de la enorme pobreza que significa que muchos de los hombres (la mayoría de ellos incluso bautizados) que nos rodean hayan abandonado la fe o por lo menos las prácticas cristianas, y en los días de Cuaresma sobre todo debemos recordar que, unidos a Cristo *sacerdote* de todos los hombres, somos también como el Señor *pueblo sacerdotal*, llamado a proclamar las maravillas de Dios y a anunciar el evangelio *a todas las criaturas* (Mt 28, 28), y orar para que todos descubran la plena verdad de Cristo y se conviertan de sus caminos. Por ello en estos días, como nos pidió ya el Vaticano II en la Oración universal, debemos orar no únicamente por nuestra *propia conversión*, sino también por la de todos los pecadores que viven alejados de Dios (Cf. *Sacr. Conc.* núm. 109).

Pero aquí nos referimos a otro aspecto: al decaimiento, no de los signos cuaresmales de la sociedad, sino a la debilidad o pobreza de los signos cuaresmales *externos* en el interior mismo de muchas comunidades cris-

tianas, de algunos monasterios incluso. La Cuaresma constituye el inicio del ciclo pascual o primera parte de este ciclo, el camino de preparación a la Pascua. La Pascua de Jesús y la Pascua de la Iglesia. *Pascua* hoy la mayoría de fieles lo saben, significa *paso o tránsito*. La *pascua de Jesús* es su tránsito de la muerte a la vida, la *Pascua de la Iglesia* es el tránsito del pecado a la santidad. La Cuaresma es, pues, no sólo preparación sino, en cierta manera por lo menos, es parte integrante del ciclo pascual. La Cuaresma no tendría sentido si no fuera en el dinamismo de la Pascua.

La Noche Santa, el domingo entero de la resurrección es la *culminación*, el punto más alto de la *Pascua*, tanto de Jesús que, vencida la muerte, *pasa* de este mundo al Padre, como de la Iglesia y de sus fieles que, sobre todo por los sacramentos pascales y por su recuerdo en la Noche Santa y por sus esfuerzos penitenciales, pasan de una vida de flojedad y frecuentemente de pecado, a una vida de mayor fidelidad, santidad y renovación espiritual.

Gracias a la renovación litúrgica, los fieles empiezan a comprender que la celebración pascual no se limita al domingo de Pascua sino que ocupa un amplio ciclo con diversas intensidades: así el *Triduo pascual* se inicia con el Viernes santo de la muerte del Señor y abarca hasta el domingo de la resurrección; la *cincuentena pascual* va desde el inicio de la Eucaristía de la Noche Santa hasta Pentecostés. El Misal de Pablo VI cuida con esmero estas diversas intensidades de Pascua: así antepone el título de *Triduo Pascual* al inicio de la misa del jueves santo (Misa que viene a ser como unas I vísperas del Viernes de la Muerte del Señor) o primer día de *Pascua*, o primer acto del *paso del Señor* de la muerte a la vida; También en la colecta introductiva de este día se alude a que Cristo *en este Viernes* de su muerte, al derramar su sangre, *instituyó el misterio pascual* y el de *cincuentena pascual*.

Es en este mismo contexto pascual que debe también ubicarse el tiempo cuaresmal. La Cuaresma cristiana no es única ni principalmente un período de penitencia o de prácticas ascéticas; es primordialmente una preparación a las fiestas pascales como bellamente la presenta el prefacio I de este tiempo. Pero no puede olvidarse que la participación litúrgica en la Pascua de Jesús incluye, por su propia naturaleza, un *significar*

lo que se realiza, que en nuestro caso es la unión de los fieles al Señor que realiza su pascua o *paso*. A ello están destinados tanto los *signos del triduo pascual* como los *signos cuaresmales* de la liturgia, textos y ritos, mayores o menores, que consecuentemente deben expresar cada uno de ellos a su manera, pero siempre con la mayor claridad posible las realidades que contienen (cf. *Sacr. Conc.*, núm. 21). La liturgia cuaresmal, por ello, debe usar elementos visibles con los que se signifiquen bien y con intensidad las realidades invisibles de la pascua o paso que celebramos (cf. id., núm. 2). Estos elementos visibles e invisibles deben estar fuertemente relacionados entre sí, pues no es posible una liturgia auténtica sin ambos elementos. Vivir la cuaresma con sólo signos externos sería mero ritualismo e hipocresía; pero pretender vivir este tiempo sólo interiormente, sería alejarse del camino del Señor que para llevarnos a Dios se ha hecho visible en la carne y ha querido fundamentar la vida cristiana en la fe y en los *signos sacramentales* (cf. Mt 28, 28).

Los signos cuaresmales de la Iglesia son múltiples y hay que celebrarlos y vivirlos de tal manera, sobre todo en su conjunto, *expresen con la mayor la claridad posible* lo que contiene este ciclo sagrado. Algunos de estos signos, en sí mismos, son menores; y pueden parecer casi *rúbricas insignificantes* pero en su conjunto, dan un contexto muy expresivo del misterio de cuaresma-pascua como *paso o tránsito* y por ello es importante realizarlos con expresividad, extremo que no acostumbra a realizar muchas comunidades. Sólo a manera de ejemplo de signos que en muchas comunidades se olvidan sistemáticamente en cuaresma y, con ello, empobrecen la vivencia *espiritual* de la cuaresma y de la pascua como tránsito, señalaríamos los siguientes:

Supresión de flores: adornar con flores el altar y la iglesia está litúrgicamente prohibido. De esta prohibición no quedan excluidos ni las imágenes ni el lugar de la Reserva eucarística. Esta última, por otra parte, debe tener y mostrar una fuerte relación con la misa, en la que se ha consagrado. Si en la misa no hay flores, tampoco debe haberlas ante el sagrario, que como la prolongación de la misa. La Reserva sobriamente presentada en cuaresma hará se perciba mucho mejor lo que significa la relación Reserva-misa ante el sagrario se suprimen en estos días las flores. Únicamente se ponen flores con discreción en el domingo IV de

cuaresma (y en las fiestas, pero en todo caso muy discretamente; mejor poner flores sólo el Domingo IV); entrar en una iglesia en la que, en cuaresma, se ven flores aunque sólo sea ante algún altar lateral, o ante ante las imágenes, o ante la Reserva eucarística es desaprovechar uno de los signos cuaresmales mas expresivo.

Supresión de la música instrumental: es un elemento muy parecido al anterior. Una celebración sin flores y sin que resuenen instrumentos musicales, queda externamente muy diferente de lo que serán las celebraciones alegres de la cincuentena pascual. Únicamente *si es necesario* para que *la asamblea pueda cantar* (no para solemnizar la celebración) se admite una suave fondo musical. Cuando se trata de celebraciones retransmitidas, por radio o televisión, la supresión de música instrumental puede resultar algo mas difícil pero se ha de observar, por su gran significado y los silencios pueden llevarse con alguna insinuación sobria de tipo contemplativo espiritual (no con una gran catequesis).

Vetaduras de color rosa: sobre todo en las iglesias que las pueden procurar, son un signo del ansia y deseo con que se vive y se desean las alegrías pascales que ya se acercan.

A estos signos añadiríamos el de buscar y usar durante estos días unas melodías, sobre todo para la salmodia, mucho mas sobrias y musicalmente menos adornadas. Aunque estas melodías cuaresmales sean muy repetitivas, durante estos días es mas expresivo usar música sobria, incluso monótona, para subrayar el paso a la Pascua en la que las melodías serán mas adornadas.— **P. F.**